

Madrastra compartida (Cap 8)

Tamara Santirso Gonzalez



Capítulo 1

La ducha era el sitio preferido para pensar de Loreto, con la temperatura bien caliente y el susurro del agua se sentía protegida. Sus sentidos, a menudo saturados, se descargaban en ese pequeño rincón de la casa. Volver a ver a Telmo no le había sentado bien a su cerebro, su ansiedad se había disparado. Y no era culpa de su mente divergente, cualquier persona se hubiera sentido, como mínimo, bloqueado y vulnerable. Enfrentarse al pasado no es fácil.

Telmo y ella habían sido uña y carne en el pasado. Apenas nadie en el barrio lo sabía. Les unió la única cosa que solo puede reunir gente de toda índole económica, desde tirados y desperdicios sociales de la peor calaña hasta las altas esferas e hijos de buena cuna: la droga. Cualquier ser humano puede caer en la desgracia de las drogas. Los que se la pueden costear pueden acabar muy mal en la vida, los que tienen que pillar fiado acaban peor todavía.

Coincidían jueves y sábados en el mismo pub de moda para estos menesteres, El Greco. Cuando entrabas se veía una enorme cafetería con una gran barra a la izquierda y mesas a la derecha. A este mismo lado, hacia la mitad, unas escaleras partían la pared y dejaban ver un segundo piso que alojaba los baños y justo al final de la cafetería, otras escaleras, esta vez de bajada, daban acceso a un par de billares, una diana y otro par de futbolines. Antaño daba ricos desayunos, ahora solo abría a las once de la noche, sin hora de cierre si lograban engañar a la policía.

Ya se conocían de vista del barrio así que al principio se saludaban tímidamente y, con el tiempo y la confianza que dan las drogas, acabaron muy unidos. Loreto estaba secretamente enamorada de Telmo, pero él solo tenía líos de una noche con mujeres de tallas imposibles y miles de euros invertidos en pestañas, pechos, uñas y extensiones.

Por aquella época, ella prefería un look mas casual, algo cómodo que le permitiera bailar mucho sin tener que llevar unas bailarinas en el bolso. Normalmente usaba unos vaqueros muy anchos, sudaderas de marcas de moda y unas zapatillas de la marca Osiris a las que le engordaba la lengüeta con una bola de calcetines. A pesar de no ser su tipo, Telmo la encontraba terriblemente simpática y atrayente, tenía una inteligencia y una cultura fuera de lo común y daba los mejores consejos que uno podía necesitar, además, todo el mundo la temía ya que, contrario a lo que

podiera parecer con su 1,53 de estatura, su ira podía llevarla a límites que nadie quería comprobar, tenía fama de rozar la crueldad y de tener complicados planes de venganza que te destruían psicológicamente.

Corría el rumor de que una vez tuvo un novio que le había sido infiel y ella tuvo la idea de empapelar el pueblo del chaval con carteles en los que exponía su cara, con una descripción ofensiva y poniendo el número de teléfono del chaval. Lo que desconocía la gente es que, además de ser verdad, también vendió una copia de las llaves de casa de sus padres, donde habían entrado a robar el pc del susodicho.

Era como para tener, a menos, mucho respeto.

Loreto se había independizado con 18 años, ya que ser divergente no es incompatible con ser independiente. Aprovechando la coyuntura, Telmo y Loreto solían acabar las juergas en casa de ella e, incluso, Telmo se llevaba algún ligue mientras su amiga intentaba bajar el colocón de cocaína con algún porro.

Loreto sonreía al recordar aquellos tiempos de libertad y locura, atesoraba con cariño las vivencias y las amistades que dejó atrás aquella última noche que vio a Telmo. Aquel recuerdo borró instantáneamente su expresión risueña y una sombra se posó en su semblante para el resto del día.

Otra que se sentía bien en la ducha era Úrsula, pero sus motivos eran distintos. Una vez dentro de la bañera y con el agua en una temperatura bastante alta, Úrsula se sentaba con las piernas bien abiertas, buscando una postura relajada para disfrutar de las delicias que le provocaba el chorro dirigido al sitio adecuado. Solo cuando llegaba al orgasmo se confesaba, la lujuria era un pecado capital, sin embargo, si no llegaba a satisfacerse no lo consideraba como tal. Nadie le dió en su momento información clara sobre los límites de los pecados, ¿Cuántos bombones de licor eran gula? ¿Si expreso mi enfado también es ira? Sentarse tras trabajar ocho horas ¿podía interpretarse como pereza? Aquellas dudas habían sido acalladas en su juventud con bofetones y largos rezos, así que dejó de hacer preguntas y tomó sus propias decisiones en sus conversaciones con Dios.

Aquella mañana, tras una larga semana desde la llegada de Lucía, su hijastra, por fin recobró el orgasmo que se escondía entre su angustia por la nueva situación y el que dirán en su iglesia. Aquella misma tarde, tras el rosario y la misa, se acercó al confesionario. - Ave María Purísima.- La voz de Don Jaime rompía el silencio que imperaba en la pequeña capilla de San Juan el real. Tras contarle a su párroco habitual su nueva condición, sus pecados y su gran sufrimiento, Don Jaime hizo lo propio y le impuso una penitencia. Al salir del confesionario, Don Jaime la llamó, le dio un abrazo y al soltarse comenzó a decir, con sus manos apoyadas en los hombros de su feligresa: - Te recuerdo que estoy aquí para lo que necesites. Tu marido es un buen hombre, Úrsula, Dios te ha puesto en el camino una piedra y estoy seguro que la sabrás sortear. El demonio nos acecha cada vez con mas fuerza y si tu marido ha sido débil tu debes ayudarle con tu fuerza y, esa pobre niña...- El sacerdote arrastró la última palabra pues no recordaba el nombre de la hija bastarda de Ulises. - Lucía.- Le recordó Úrsula que observaba detenidamente al cura. Don Jaime tendría unos cincuenta años, a ojo de buen cubero, salvo que no los aparentaba, tenía una espesa mata de pelo salpicada de mechones blancos por el flequillo y las sienes, una piel tan blanca y fina que podría pasar por nórdico, y unos ojos castaños, vivarachos, rodeados de arrugas que se le marcaban con su impertérrita sonrisa. El sacerdote la instó a no albergar malos sentimientos hacia la niña que no tenía culpa de los deseos y decisiones de sus padres y aprovechara el momento para atraerla al buen camino. A Úrsula, las palabras "aprovecha el momento" le parecieron pronunciadas con mucho mas ahínco que el resto del discurso, se sentía un tanto dissociada a medida que Don Jaime le aconsejaba y le daba fuerzas. Cada vez se veía mas lejos de la conversación y notaba el resto del mundo desaparecer lentamente bajo sus pies. El cura sacó una pequeña estampita del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros y se la tendió a Úrsula que la tomó entre sus manos en un gesto automático. - Este es San Benito, os protegerá del demonio, dásela a tu marido y ... pero, ¿Qué estas haciendo?

Úrsula al contacto con el calor de las suaves manos del sacerdote se había precipitado sin ser si quiera consciente, hacia los jugosos labios de Don Jaime que no lograba moverse del susto que tenía encima. Ella, de repente, sintió que volvía en sí y, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas, daba un salto hacia atrás y se marchaba como alma que lleva el diablo pidiendo disculpas a cada paso que daba hacia la puerta del templo.

Llegó a la peluquería de su amigo que se encontraba limpiando.

-Álvaro, ábreme una cuenta de Grinder. - ¡Qué coño te voy a abrir yo un Grinder si eso es para gais! Los hetero reprimidos usáis Tinder.- Álvaro tardó unos segundos en asumir la petición de su amiga.

-¡Ay! Úrsu, eso no te pega nada, tu no eres así.- Le dijo con un tono condescendiente sin pretensiones a su amiga, la cual, visiblemente afectada le respondió:- No puedes saber quien soy porque ni yo misma lo se. He estado a punto de protagonizar un pájaro espino hace diez minutos y ¿sabes cómo me sentí? ¡Libre! - El peluquero abrió los ojos de par en par con la confesión.-Libre de escoger que hacer con mi cuerpo y mis ganas. Libre de estar pensando a quien tengo que cuidar o la fachada que debo mantener. Me sentí viva y me sentí yo misma.-Úrsula hacía aspavientos con las manos lo que daba mas efusividad a su relato y, a medida que iba sacando la opinión que llevaba enquistada durante años en la mente, estos gestos se intensificaban. Los ojos de Álvaro seguían como platos.- Llevo toda mi vida haciendo lo que mis padres querían y pasé a hacer lo que mi marido quería. Estudié lo que aquellos me dijeron para encontrar un hombre que me pudiera mantener y diera protección a mi prole mientras yo, año tras año, dejaba de ser mujer, amante y madre y me convertía en secretaria, criada, enfermera, limpiadora, cocinera, cuentacuentos y un montón de cosas mas que han ido diluyendo mi esencia y a mi como persona. Y estoy harta. Ábreme el puto Tinder.

Álvaro abrió la boca de par en par y se frunció su ceño al escuchar de boca de Úrsula su primera palabrota. ¿Era necesario que el momento revelador fuese con el cura? Se preguntaba el amigo. Resolvió que debía hablar con Inma más pronto que tarde.